

Polémica

ECONOMIA Y EPISTEMOLOGIA y los desaciertos del conocimiento científico

Luis L. Denari*

*"El futuro es nuestro, por prepotencia
de trabajo" (Roberto Arlt)*

I. ¿NO SE PUEDE CONOCER?

Nada más obvio, cuando se hace una afirmación en economía, que se está utilizando una forma particular de conocimiento científico.¹ No obstante, son pocos los economistas que pueden articular un fundamento cierto sobre este aspecto. Las carreras universitarias de economía en todo el mundo consisten en una serie correlativa de materias que, desde el inicio, astillan en fragmentos lo que se supone quieren entender, sin la más elemental unidad de contenido.² Los conocimientos genéricos que en algunos casos les puede dar una materia de tipo "metodológico",³ quedan perdidos en una nebulosa de definiciones y en un formalismo vacío. Las exigencias de la vida cotidiana y la búsqueda de oportunidades laborales van enterrando, cuando lo hubo, el interés por ese problema y, finalmente, cuando ya se ha adquirido cierto lugar en la profesión, la necesidad de mantenerla y desarrollarla cierra definitivamente cualquier atisbo de curiosidad de ese tipo, ahora sí vista como una inquietud juvenil.

* Licenciado en Economía (UBA).

1. Incluye criterios específicos de causalidad, de verdad, de totalidad, etc.; supone determinadas relaciones entre teoría y realidad, entre sujeto y objeto, etc., etc.

2. "Micro" y "macroeconomía" son el ejemplo más visible y más burdo. Con ellas comienza el descuartizamiento de la evidencia.

3. Comúnmente presentados como un tema externo al mismo proceso de conocimiento, cuando no se reducen a una enumeración formal de técnicas y procedimientos de recolección y ordenamiento de datos.

Por su lado, la filosofía de la ciencia, la teoría del conocimiento o la epistemología contribuyen, desde su inocuidad, a desalentar cualquier incursión por ellas. Si en la última década se han puesto de moda algunos de sus representantes más conspicuos —del tipo Popper, Kuhn, Toulmin, Prigogine, Lakatos, Feyerabend, por mencionar sólo a los más populares en nuestro medio—, fue para difundir la especie de la imposibilidad de conocer. Esta se ha vulgarizado en la llamada “crisis de los paradigmas”, trance que los economistas más avisados han extendido hasta su propia ciencia, sin mayores implicancias.

Pero no nos referimos simplemente a las aseveraciones de orden “teórico” de la economía. Cuando hay que elaborar una política específica o criticarla, nuevamente, y acá con mayor agudeza, los argumentos empleados también incluyen una forma de conocimiento científico, de la que pocos pueden dar cuenta con alguna solvencia. Y una acción basada sobre afirmaciones de dudoso respaldo es casi una acción ciega.

Crecimiento o estabilidad

Tomemos un ejemplo sencillo de las tantas discusiones sobre nuestra realidad cotidiana: “La estabilidad es condición necesaria del crecimiento económico”, dicen unos. Otros afirman: “Con el crecimiento es que se logra la estabilidad”. Entonces, ¿qué prioritar?: ¿la estabilidad de las principales variables o políticas de expansión?⁴

4. Simplificamos para abreviar y sabiendo que a otras respuestas posibles les cabrían los mismos interrogantes que veremos inmediatamente. Por otro lado, obsérvese que en este tipo de debates es común pasar por alto las razones del estancamiento y de las fuertes fluctuaciones, como si el cambio de esta realidad dependiera simplemente de que se le aplique la política adecuada. Más adelante veremos qué encierra esta clase de razonamiento.

¿Sobre qué argumentos basan sus afirmaciones? Están aquellos a los que les gusta sentirse respaldados por las experiencias históricas: en tales países, en tales ocasiones, se hizo así y el resultado fue exitoso. De ahí se deduce, y parece totalmente lógico, que hay que hacer lo mismo acá. Pero esta manera de argumentar tiene, por lo menos, dos inconvenientes: el primero es que, casi siempre, es posible encontrar ejemplos contrarios y, cuando no se los tiene a mano, nada impide pensar que quizás se esté ante un caso singular, no repetible y que requiere una solución inédita. El segundo, más complicado aún, es cómo legalizar una homologación en las características principales y en las situaciones de partida entre esas experiencias tomadas como ejemplo y el país que se tiene por delante.

Otro camino, un rodeo más largo, es apoyarse en alguna teoría. Acá la defensa de la afirmación se mediatiza. Ahora es la teoría la que debe ser fundamentada. Y ésta generalmente se sustenta sobre ejemplos históricos que la confirmen, con lo que volvemos al caso anterior. Además, aunque la teoría muestre su verificación empírica hasta el presente, queda por ver si también se aplicará a un nuevo caso. En realidad, que a una situación le siga sistemáticamente un resultado no es suficiente para afirmar que hay una relación de causa-efecto entre ellas. Puede ocurrir que, producida esa situación, el curso sea distinto, y la teoría utilizada perderá aplicación general, incluso cuestionando lo que hasta allí se creía conocer.

Pero esto es sólo una parte del problema. Aceptemos, por un momento, que se ha llegado a una conclusión única: la afirmación «A» es la correcta, y que de ella se desprenden tales y cuales políticas. ¿Se llevarán adelante? Veamos las dos posibilidades: la primera es que se apliquen. Si el resultado es positivo, los que se

jugaron por esa política crearán confirmadas sus posiciones y se verán como los responsables del éxito alcanzado; varios libros serán escritos al respecto, y los veremos pontificando sobre las bondades de ese curso de acción *urbi et orbi*. En el caso de que esa misma política fuera aplicada sin éxito en algún otro lugar, o incluso en el mismo lugar pero en condiciones diferentes, siempre tendrían elementos para creer que no fue bien aplicada o no lo fue en el momento justo. Pero además, ¿cómo saber, por ejemplo, si efectivamente no han sido otros elementos, no considerados en el análisis, los responsables de los resultados?⁵

A su vez, si se aplicaran esas políticas pero los resultados no fueran buenos, se podrían adjudicar las razones del fracaso a otras circunstancias vistas como ajenas a la propuesta estrictamente económica: que el partido gobernante priorizó los objetivos “políticos”, que los “intereses creados” se oponían, que se aplicó demasiado lentamente por la morosidad del parlamento o, sencillamente, porque la gente no los comprendió. Pero, entonces, ¿cuándo una política económica es la “correcta” para un problema dado? ¿cómo incluir la incidencia de otros aspectos de la realidad? ¿se puede tener en cuenta la conducta humana?

La segunda posibilidad es que las políticas consideradas como las más pertinentes no se lleven adelante. Acá se escuchará el mismo estilo de argumentos de los que si las aplicaron pero no consiguieron resultados, y les caben las mismas preguntas hechas anteriormente.

No se puede conocer

Obsérvese que en este sencillo ejemplo nos hemos enfrentado, por un lado, con varios problemas implícitos en los argumentos: cómo sustentar una afirma-

ción sobre la realidad; qué relación hay entre los hechos históricos y la circunstancia actual; cómo se construyen las teorías y cómo se validan; qué relación existe entre la economía y la vida social en general; qué vínculos se establecen entre el que quiere saber y aquello que se quiere conocer, etc., etc. Por otro lado, hemos encontrado características generales de indemostrabilidad y de precariedad en los discursos, que no son irrelevantes. Estas circunstancias son las que han llevado a los entendidos a sostener la imposibilidad de conocer.

Pero llegado a este punto se nos podrá preguntar si es tan necesario contar con una respuesta a esos temas para actuar en la disciplina. Al fin de cuentas, la actividad económica sigue su curso, son miles las políticas llevadas adelante en este momento en todo el planeta sin que esos interrogantes hayan sido contestados suficientemente, centenares de universidades enseñan como válido lo que estamos poniendo en tela de juicio y decenas de miles de estudiantes están aprendiendo a seguir ese camino a pesar de ello.

Vamos a insistir con otros ejemplos

5. Sobre este tipo de confusiones vale la siguiente anécdota, y su moraleja: cuando los primeros “blancos” llegaron a la Patagonia, les llamó la atención la manera que tenían algunos pueblos aborígenes de pedir que lloviese: la rogativa consistía en una ceremonia en la que un grupo de ellos bailaba contoneándose rítmicamente. Mucho después, se descubrió que lo que hacían era imitar el movimiento de los ñandúes que, increíblemente, antecedió con marcada regularidad la llegada de la lluvia. Los antiguos habitantes del lugar establecían una relación de causa-efecto entre el bailoteo y las tormentas de agua, y actuaban en consecuencia. Estudios posteriores sobre aquellos animales mostraron que el proceso de cambio en la presión atmosférica, que precede a las lluvias, afectaba su sistema de equilibrio y los hacía moverse de esa manera. ¡Cuántos ministros de economía hemos visto contonearse para romper la sequía! Y si, por casualidad, les toca algún chaparrón, lo menos que nos prometen es una humedad eterna.

para mostrar que no se trata de un problema que afecta sólo a discusiones menores sino a cuerpos teóricos completos.

Prebisch y los consagrados

Hemos elegido, en primer lugar, un texto suficientemente conocido sobre la realidad latinoamericana: «*Capitalismo periférico; crisis y transformación*», de Raúl Prebisch. Ya en la misma introducción nos dice que “los fenómenos del desarrollo no pueden explicarse solamente con una teoría económica; hay que llegar a una teoría global que integre todos los elementos del sistema mundial del capitalismo” [Prebisch, 1981, pág. 30]. Ahora bien, entre esos “elementos”, de crucial importancia -no podría ser de otra manera- están los llamados “actores sociales”, sin los cuales no tendrían existencia nuestras economías “periféricas”. ¿Y qué nos dice al respecto?: “¿Cómo surgen esos actores en el sistema? Los elementos acerca de los cuales hemos venido discutiendo en estos escritos no nos dan la clave, la que quizá puede encontrarse en las teorías paretianas del movimiento ondulatorio de los grupos dirigentes. ¿O habrá que realizar exploraciones antropológicas para comprender estos fenómenos de la conducta humana?” [Ibid., pág. 175].

A confesión de parte, relevo de pruebas: la “teoría global” reclamada no cierra porque le falta un ingrediente fundamental. Todo el discurso se revela trunco. Los que tienen en sus manos la posibilidad de

6. Por eso, cuando al final del libro, con cierta amargura, se pregunta: “¿Qué ha pasado con los economistas? ¿Es que a sus huestes no se han incorporado mentes tan lúcidas como las que han impulsado las otras actividades científicas?” [Ibid., pág. 325], si han seguido sus recomendaciones deben estar demorados en su incorporación siguiendo los movimientos ondulatorios o excavando alguna tumba.

“elevantar el ritmo de acumulación de capital reproductivo sobre todo a expensas del consumo de los estratos superiores”, de que “el Estado regule el uso social del excedente...sin concentrar la propiedad en sus manos”, de proceder a la “transformación del sistema” [Ibid., pág. 47], de ellos, todo lo que puede decirnos nuestro transformador ¡es aconsejarnos que... releamos las anticuadas e ingenuas teorías paretianas o que nos dediquemos a la antropología! ¿Qué sustento pueden quedarle a sus propuestas?

¿Pero hace algo distinto el resto de los economistas? Todo el andamiaje teórico marginalista se apoya sobre una supuesta conducta “racional” y “optimizadora” de los agentes económicos, a los que, en una gran mayoría -basta mirar al conjunto de la población mundial-, no les va nada bien ser tan “óptimos”. Campeones de la evidencia empírica cuando les conviene, idólatras de la realidad incontrastable del mercado, si deben dar explicaciones de lo que tienen por delante se refugian en el misticismo, mientras cada uno de los pilares sobre los que construyen sus políticas caen por su propio peso. E.J. Mishan, galardonado con el Premio Nobel de Economía, no tuvo ningún empacho en afirmar: “Después de todo el despliegue de virtuosismo técnico asociado con dichos teoremas [se refiere a los utilizados para establecer la conducta del consumidor, LLD], al economista en ejercicio no le queda gran cosa que pueda ayudarle a hacer frente a las complejidades del mundo real. En realidad, no le haría ningún daño el permanecer ignorante de todas las teorías del comportamiento del consumidor, y aceptar como un acto de fe la obvia e indispensable «ley de la demanda»” [Mishan, 1961].

La endeblez de las teorías económicas está ampliamente reconocida. Sir John Hicks pretendió salir elegantemente del tema diciendo: “Son escasas las «leyes»

económicas que pueden considerarse firmemente fundamentadas” [Hicks, 1981, pág. 24] sin, por supuesto, arriesgarse a nombrarlas para evitar que sean expuestas al debate. Axel Leijonhufvud señalaba que “la imperfecta correspondencia entre los modelos de teoría económica y aquellos que son vehículos de trabajos empíricamente cuantitativos expresa la grave dificultad tanto de falsar de manera decisiva como de confirmar convincentemente las teorías económicas. En economía, las tradiciones teóricas más opuestas se mantienen vivas” [Leijonhufvud, 1976, pág. 77]. Son conocidas las posiciones de Milton Friedman defendiendo la “irrelevancia de los supuestos”, y Joan Robinson, por su parte, nos decía que “La Economía va cojeando con un pie sobre teorías no-contrastables y el otro sobre consignas incontrastables” [Robinson, 1962, pág. 25].

¿Qué propuestas de política económica consistentes han podido ofrecer estos señores, con ese lamento acerca de los graves inconvenientes para entender la realidad?

En todas partes se cuecen habas

Se nos podría señalar que los ejemplos aportados han recaído sobre autores que nada tienen de contestatarios. Pero los economistas que se ubican hacia la izquierda de ese espectro -ya sea que levanten posiciones heterodoxas, tercer mundistas o se reclamen marxistas- no tienen nada muy distinto que ofrecer. Las teorías que construyen, y desde las que parten, presentan los mismos problemas de fundamentos y verificación que las rivales. En su mayoría incluyen el aspecto “social” en el análisis,⁷ pero no van más lejos que el Dr. Prebisch. Una moda de la última década —extendida en otras disciplinas también— ha sido privilegiar la

dimensión del “poder”, que reputan de fundamental importancia para las explicaciones en economía. Así han proliferado los estudios sobre los grupos económicos, los grupos de poder, y hasta los espacios de poder. Pero lo que han dejado sin explicar...es el poder mismo.⁸

Algo similar le ocurre al teórico marxista europeo Ernest Mandel cuando habla de la U.R.S.S. Para él, “la economía soviética... es una combinación híbrida de economía de asignación y de producción mercantil, en la cual la ley del valor no rige pero sí tiene influencia”. Pero si “no rige la ley del valor”, ¿qué ordena la vida de la sociedad soviética? “No es la ley del valor sino las decisiones de la dirección política las que determinan en última instancia las proporciones maestras de la distribución del producto social y la dinámica de la economía en su conjunto” [Mandel, 1984, pág. 87]. De modo que para este autor es la burocracia la que determina en última instancia la dinámica de la producción social. ¿Y qué determina lo que decide la burocracia? Como se ve, el enigma de los “actores sociales” del Dr. Prebisch aquí se trastrueca en el de la “burocracia” mandeliana.

¿Vale todo o peor es nada?

Hemos tratado de mostrar la relevancia de estos problemas con que tropiezan los economistas, y que no son propios de

7. Aquí los “agentes sociales” pasan a ser las “clases sociales”, el “pueblo” y la “oligarquía”, etc., con semejantes incógnitas.

8. Ya hace muchos años Michael Foucault se ilusionaba también con estas búsquedas: “Sabemos perfectamente que no son los gobernantes quienes detentan el poder. Sin embargo, la noción de clase dirigente no está clara ni muy elaborada. Dominar, dirigir, gobernar, grupo de poder, aparato del Estado, etc., aquí hay un conjunto de nociones que piden ser elaboradas” [Foucault, 1983, pág. 127].

su disciplina sino del pensamiento científico en general que hoy se utiliza. Blaug, que se ha interesado en el tema, lo sintetiza así: "La ciencia se caracteriza por su método de formulación de proposiciones contrastables, y no por su contenido, ni por su pretensión de certeza en el conocimiento; si alguna certeza proporciona la ciencia, ésta será más bien la certeza de nuestra ignorancia"[Blaug, 1985, pág.31].

Frente a esta situación, una actitud posible es la indiferencia. Basta leer los trabajos económicos que se publican para reconocer cuán difundida está. No sentirse aludido por esos planteos permite afirmar lo que se quiera, siendo la única restricción la capacidad de imaginar. Otra respuesta es elaborar, dado que no se puede conocer, un conjunto de reglas que ayuden a discriminar la paja del trigo, porque peor es nada. Tratar de colocar a la Economía en un estatus decoroso dentro de la ciencia, acortando distancias con otras disciplinas más "rigurosas". Esta preferencia, que suele agrupar a economistas comprometidos con su actividad, se sostiene en la esperanza de que, a pesar de todo, siguiendo esas normas algo se puede conocer.

En nuestro medio el tratamiento de la cuestión es casi nulo. En los últimos años hemos encontrado sólo dos artículos [Figueras-Benavidez, 1988, y Borrello, 1988]⁹ que, si bien trabajan la problemática y la difunden, se limitan a reseñar debates ya agotados sin ofrecer disyuntivas fuera de ese marco.

La opción no es "vale todo" o peor es nada. La forma difundida actualmente del

9. La revista *Mercado de Capitales*, mayo-agosto de 1988, publicó un artículo que, por el título "Ideas para una introducción a la epistemología de las leyes económicas", parecía pertinente pero resultó ser publicidad del mercado de valores local.
10. Aquí desarrollamos una versión muy elemental y orientada a la forma usual en que los economistas conocen y proponen en su disciplina.

conocimiento científico ha llegado a esta encerrona sin cuestionar mínimamente sus propias reglas de juego. A los que siguen interesados en el tema y buscan una senda alternativa les proponemos dar un paso más y acompañarnos en la segunda parte de este artículo.

II. ALGUNOS CUESTIONAMIENTOS BASICOS.

Los principales intentos contemporáneos por superar estos problemas han provenido, en mayor medida, de las ciencias "duras". Sin embargo, al no cuestionar las bases sobre las que se apoyan las teorías del conocimiento en danza, los debates terminan siendo versiones distintas de lo mismo. En ese sentido, preguntarse por esas reglas es un paso necesario. Como se verá hacia el final de este trabajo, no vamos a inventar nada nuevo. Apenas retomar otra forma de conocimiento, ya más que centenaria, para reabrir una discusión sustantiva.

Haremos un repaso breve de cómo trabajan los científicos y, a continuación, aplicaremos a un ejemplo "económico" las fuertes limitaciones que comúnmente les marcan las teorías del conocimiento. Después, señalaremos otros graves inconvenientes que se derivan de ese enfoque, no siempre reconocidos, y cerraremos con algunas reflexiones que abren un camino al aparente callejón sin salida.

¿Cómo se intenta conocer?

¿Qué es lo que hacen los científicos frente al problema que quieren entender?¹⁰ Seleccionan aquellos elementos de la realidad que, en principio, les parecen relevantes para la existencia de la situación que quieren explicarse. Cada uno de los fenómenos elegidos — a los efectos de

identificar su comportamiento — es conceptualizado de tal manera que se lo pueda comparar; generalmente expresado en una medida determinada. Recién entonces están en condiciones de buscar correlaciones entre esos fenómenos. Si no se presentan se buscan otros, o se reconceptualizan los ya considerados para medir atributos distintos de esos fenómenos. Así hasta que encuentran alguna asociación significativa entre ellos, mostrando una cierta regularidad.

Ha llegado el momento de elaborar hipótesis sobre el tipo de relaciones existentes entre esos fenómenos, por ejemplo cuáles son causa y cuáles efecto (esto es fundamental si se quiere actuar sobre esa realidad). Un conjunto de conjeturas iniciales puede convertirse, mediante su inserción articulada dentro de una estructura deductiva más o menos coherente y completa, en una teoría científica y ésta será sistemáticamente contrastada con nuevas observaciones sobre la realidad de la que trata. Hasta que ésta la impugna, y se reitera la secuencia.

En la medida en que el científico ya cuenta con una serie de teorías elaboradas de esa manera, cuando se enfrenta al problema del que tiene que dar cuenta, no necesita repetir los pasos dados anteriormente sino que puede acudir al marco conceptual ya elaborado que entienda más apto para su tarea.

El proceso de búsqueda se juega en los criterios para seleccionar los fenómenos pertinentes, en la posibilidad de registrarlos para su comparación, en el hallazgo de correlaciones sistemáticas y, finalmente, en atribuirles, vía hipótesis, relaciones entre ellos. Y sea que el camino recorrido haya sido predominantemente inductivo (partiendo de un conjunto de hechos singulares y generalizando), deductivo (empezando con conjeturas sobre los hechos e infiriendo comportamientos particulares) o combinaciones de ambos, lo

central es contrastar la teoría, la ley o la afirmación con la realidad, comparando sus implicancias empíricas con los hechos observados. Si se plantea el problema de la acción, ésta misma podría ser considerada un fenómeno más a incluir en el análisis, con todas las restricciones del caso.

Veamos, aplicadas a una cuestión concreta, las "críticas" que le hacen las teorías del conocimiento prevaletentes a esta manera de encarar los problemas.

Un ejemplo "económico"

Tomemos por caso el déficit fiscal crónico (en adelante DFC) en la Argentina. Se lo puede medir de una u otra manera, ver cómo ha variado año tras año, y lo único que va a indicar es el tamaño que tiene y su permanencia y oscilaciones en el tiempo. Para poder decir algo más de él se suele ponerlo frente a otro fenómeno distinto con el cual relacionarlo.¹¹ Por ejemplo, y dado que son los gobiernos los que deciden directamente sobre las finanzas públicas, ver si la existencia de un DFC no está asociado a la presencia de una generación de políticos "estatizantes". Si coexisten sistemáticamente este tipo de dirigencia y los desequilibrios fiscales -y, además, en otros países se observan gobernantes "privatistas" y finanzas "sanas"- ya es posible, apoyados en la verificación empírica de estos hechos, hacer la hipótesis de que son las ideas de los partidos "estatizantes" las que llevan al DFC. Siguiendo este razonamiento, si se quiere actuar sobre ese des-

11. Algunos creen que se está diciendo algo más si se analizan los componentes del DFC; por ejemplo, la evolución de los gastos y de los ingresos. Pero eso sólo nos coloca frente a una forma en que el DFC se concreta. No nos agrega nada respecto de su existencia. En todo caso, la pregunta ahora sería por esos gastos y esos ingresos públicos.

equilibrio público, lo que cabe es poner dirigentes "privatistas" al frente del gobierno. Y sanseacabó.

Junto a este discurso se pueden elaborar otros. Por ejemplo, uno que coloque frente al DFC un fenómeno distinto: economías nacionales con fuertes trabas al desarrollo. Si coexisten sistemáticamente ambos fenómenos -y, además, en otros países se observan desarrollo y finanzas "sanas"- ya es posible, apoyados en la verificación empírica de estos hechos, hacer la hipótesis de que es la pobreza la que lleva al DFC. Siguiendo este razonamiento, si se quiere actuar sobre ese desequilibrio público, lo que cabe es desarrollar el país. Y ya está.

Ambas posiciones, de acuerdo con la forma actual del conocimiento científico, adolecen de similares problemas que las hacen totalmente inconsistentes. Veamos cómo van apareciendo.

¿Qué fenómenos pueden estar asociados al DFC? Así como se mencionaron dos, se pueden encontrar muchos más. ¿Hasta cuándo buscar? ¿Por qué no pensar que siempre queda alguno sin tener en cuenta? A su vez, cada nuevo aspecto que se incluye implica reconsiderar el papel de los anteriores. Lo único que se puede hacer, en la medida que la "explicación" resulte insatisfactoria, es buscar nuevos fenómenos para el análisis.¹²

Con esta incógnita sólo respondida provisionalmente, pasamos a la que sigue: ¿siempre se pueden dimensionar los

12. En el caso del DFC, hay un trabajo de Heymann-Navajas [1989 y 1990] en el que señalan el hecho de la puja distributiva por transferencias del gobierno, que no se haría en forma cooperativa sino a través de presiones bilaterales; la política fiscal argentina resultaría de esa circunstancia. En general, y ellos mismos acuerdan, está visto como un "aporte" a la explicación de un fenómeno determinado el analizar la asociación de éste con un nuevo aspecto que hasta ese momento no había sido considerado suficientemente. Ya veremos a qué "aportan".

fenómenos a los efectos de ser correlacionados? Adoptando ciertos criterios, el DFC puede cuantificarse, como así también determinadas variables que muestren el estancamiento de un país. Pero una dirigencia "estatista" no admite fácil medida, y requiere un laborioso —no siempre claro— proceso de definiciones, y una no menos ardua tarea de verificación empírica. Ni qué decir si se consideran factores más escabrosos, como la "dependencia", la "lucha de clases", la "racionalidad" o las "expectativas", visualizados como posiblemente asociados al DFC. En los casos en que se logre salvar de alguna manera práctica este inconveniente y se puedan correlacionar los fenómenos considerados, se buscarán asociaciones significativas entre ellos. A prueba y error, hasta encontrar algún aspecto de la realidad que esté correlacionado con el tema que preocupa entender.

Así precariamente despejados esos problemas, veríamos aparecer otros nuevos. Una asociación significativa entre dos fenómenos no siempre habla de una constancia en la presencia de ambos. Muchas veces sólo se puede hallar una cierta regularidad entre ellos. Queda, por lo tanto, abierta la posibilidad de que no se repitan en todos los casos. Basta encontrar un país donde haya un DFC sin dirigencias "estatistas", o con desarrollo, para poner en tela de juicio el grado de su correlación. Pero si eventualmente ésta fuera total, sólo se estaría ganando en una mayor probabilidad de que se vuelva a repetir. Nada dice, salvo que se han presentado siempre asociados hasta el presente, que lo volverán a hacer.

Confusiones varias

La ignorancia de los frágiles resultados que se logran con esta forma de cono-

cer, suele aumentar la confusión de los investigadores. ¿Es un "aporte" a la comprensión del DFC analizar un nuevo fenómeno que tiene alguna correlación con él? Es decir, si hasta el momento se ha encontrado cierta regularidad entre el DFC y el fenómeno «A», y alguien muestra que, además, «B» la tiene. Por sí mismo esto lo único que agrega es mayor incertidumbre respecto del problema: ahora no sólo «A» juega un papel, también «B»; incluso el papel de «A» debe ser redefinido. De ahí que pretender que el estudio de las relaciones del nuevo fenómeno «B» con el DFC "aporta" al conocimiento de éste último es falso. Tan inexacto como la confusión opuesta, de creer que cuantos más fenómenos asociados se incluyan mayor será la contribución a comprender el problema. Ahora habría que ver la correlación de cada uno con el DFC y las de todos con todos.¹³ En el marco de lo que estamos desarrollando, en todo caso, son un "aporte" y una "contribución" en el desconocimiento.

Otra mezcolanza muy común es suponer que, si se considera un solo aspecto de todos los que están asociados al fenómeno que se quiere conocer, se gana en precisión; y se la pierde a medida que se incluyen otros elementos. Aquí preguntáramos: ¿mayor precisión de qué? En nuestro ejemplo, obviamente no del DFC. Si se acepta que «A» y «B» están relacionados con él, mirar sólo el fenómeno «A» dará resultados muchos menos precisos del DFC. Y entonces ¿a qué precisión se alude? Si nos preguntamos por el precio de los autos en la Argentina, los costos de su producción en una planta determinada y en una fecha particular, crean la ilusión de que se ha sido más preciso que si se habla del carácter oligopólico de la rama. Pero sólo se ha sido más preciso si el tema que nos preocupa es medir el costo de producción en esa planta en ese momento del año. Respecto del precio de los autos

en nuestro país no se ha agregado una pizca de precisión al tema.

Estas confusiones son típicas cuando se utilizan modelos para representar el problema y encontrar soluciones. No quedan dudas de que hay una mayor "simplicidad" cuando se seleccionan menos variables asociadas al fenómeno que se quiere explicar. Pero no por ello se reduce la complejidad del problema ni de las respuestas. Por ese camino las explicaciones y las soluciones sí ganan en simplicidad...y en liviandad!

Pero hasta aquí sólo hemos topado con algunos de los problemas que no tienen resolución y obligan a andar a tientas. Sigamos adelante. Ya hay correlaciones definidas: «A» y «B» aparecen asociados de tal manera al DFC. ¿Cómo adjudicarle, a cada uno de los fenómenos que se identificaron, el papel que juegan en esa asociación? En nuestro ejemplo, si alguien afirmara que es el DFC el que contribuye a generar las dirigencias "estatistas" o a trabar el desarrollo (es decir, hipótesis exactamente opuestas a las derivadas anteriormente), ¿cómo elegir entre aquellas y éstas?¹⁴ Al no surgir del fenómeno mismo qué relación tiene con los otros, sino que ese vínculo le es adjudicado a manera de conjetura, el problema es irresoluble. Porque aunque la asociación se repita, los fenómenos seguirán sin decir qué relación hay entre ellos.¹⁵

13. En este baturrello solemos encontrar a los rápidos adherentes de la "pluricausalidad", entre los que se destacan los que fabulan con el papel de los factores "políticos", "económicos", "sociales", etc. ¿O todo no tiene que ver con todo? Es decir, nada.

14. Porque así como hay teorías que sostienen que la conciencia humana brota de sí misma y, por lo tanto, puede llevar a un DFC por erróneas ideas o por bajos instintos, también están las teorías que afirman que es la estructura económica la que determina la ideología dominante.

15. Hicks, ingenuamente, sostiene que "sólo podemos formular una aseveración causal si poseemos alguna teoría" [Hicks, op.cit., pág.31]. Pero lo

Los desaciertos (“bloopers”) que cometen los economistas son de colección. En general eligen sólo algunos fenómenos y usan el *caeteris paribus* para congelar el resto, fuerzan la posibilidad de su cuantificación y se basan sobre correlaciones de bajo rango. Eso sí, después de dar el salto mortal de hacer hipótesis sobre esas bases, pretenden que sus conclusiones sean un “aporte”. No reconocen que, en este cuadro, todo conocimiento es efímero y deberá reverse cada vez que los hechos refuten la teoría elaborada sobre ellos; que las acciones que se derivan de esa “teoría” son tan inciertas como ésta. En parte, su sobrevivencia se apoya en las dificultades de verificar o “falsar” las construcciones teóricas, hipótesis, leyes o simples afirmaciones sobre la realidad que señala el conocimiento científico vigente. Entonces, *se non é vero, é bene trovato*.

Otras incoherencias

No obstante, quedan dos tipos de problemas más que no tienen respuesta, pero

central de las “teorías” es que se construyen sobre la base de la adjudicación, más o menos arbitraria, de ese tipo de vínculo entre fenómenos. Si éstos dijeran, ellos mismos, qué relaciones tienen, carecería de sentido hacer “teorías”.

16. Los citados Heymann-Navajas han llegado a este punto —eludiendo mágicamente todos los problemas señalados hasta acá— y afirman: “la política fiscal observada en la Argentina (el DFC) es el resultado de un juego no cooperativo”, y que esa descripción “contribuye a entender los hechos”. Pero ese juego “no cooperativo” tendrá alguna razón de existir. Si reside en las instituciones fiscales argentinas, nosotros insistimos: esas instituciones tendrán alguna razón de existir. H&N se defienden diciendo que eso sería buscar “causas más profundas”. ¿Pero si de esta forma lo que se hace es llevarnos de Herodes a Pilatos! ¿Qué grado de profundidad habrá por ese camino? ¿Qué “hechos” contribuyen a entender? ¿Que el DFC es el resultado de algo que no se sabe resultado de qué es?

que la forma actual del conocimiento científico no suele reconocer, aun cuando son la conclusión obligada de su enfoque. Supongamos que mágicamente se han saltado todos los inconvenientes y se ha llegado a una conclusión: el DFC es el resultado de «A». Podría pensarse que ya se está en condiciones de actuar para sanear las finanzas públicas, eliminando a «A». Pero «A» no existe así porque sí, es el resultado de algo. Mal podríamos cambiar la situación del DFC apuntando a «A» si la razón de éste es «B»; habría que dirigir la mira hacia «B». Pero «B» tampoco tiene lugar por sí mismo. La tiene en tanto «C». Nuestro tirador en vano buscará el blanco, que se le irá escurriendo en la punta de su fusil.¹⁶ No faltará el despistado que encuentre que el fenómeno «C» es el resultado del DFC, cerrando el círculo de la ignorancia:

DFC ← «A» ← «B» ← «C» ← DFC !

Este “blooper” es más común de lo que se cree. Resulta evidente cuando, para salir del problema, se afirma que lo “económico” también depende de lo “político”, sabiendo que, a su vez, alguien devolverá el cumplido diciendo que lo “político” también depende de lo “económico”. La escuela regulacionista francesa lo repite, a su manera, cuando desagrega el proceso social entre régimen de acumulación y modalidad de regulación, y debe dar cuenta de su relación [CEBREM, 1980, págs.6/10].

Están los que pretenden defender esa inconsistencia apelando a la validez de la “interacción” —que algunos incluso suponen que de eso trata la dialéctica— como si una indeterminación de ese tipo fuera mejor que otras. Por ejemplo, Mandel la eleva a la categoría de método cuando sostiene: “Nuestra tesis es que la historia del capitalismo y, al mismo tiempo, la historia de sus regularidades internas —con contradicciones en desarrollo,

sólo pueden ser comprendidas y explicadas como una función de la interacción de...seis variables” [Mandel, 1979, pág.40].

Y la última lágrima de la epistemología, quizá la más dolorosa: a la luz de aquella cacería sin fin, el cazador, ¿no tiene también una razón de existir, de apuntar o no, de dar o no en el blanco? Llegado a este lugar se entra en una zona de alta tensión. Preguntarse por el DFC puede resultar atractivo, incluso un material apto para publicar “aportes”, pero interrogarse por la acción de los hombres es, cuanto menos, desatinado. ¿O vamos a dudar de la capacidad de nuestro imaginario cazador de disparar cuando encuentre el blanco? Si después de haber recorrido el arduo camino de entender el DFC en la Argentina, y haber concluido que su cronidad reside en, por ejemplo, que no hay un acuerdo social, ¿vamos a cuestionar que se lo pueda lograr? ¿O no es esa la “solución”? Pero esta “explicación” lo poco que dice —luego de los pases de prestidigitación necesarios— es que mientras no haya acuerdo social habrá DFC, y sólo eso. Nada aclara sobre las razones de la actual inexistencia de ese acuerdo social ni de por qué sí habría de darse ahora. Sugerir que debe haberlo tiene tantas implicancias prácticas como proponer que la gente sea feliz.¹⁷

¿Qué hacer, entonces? Hay que arreglárselas prolijamente de alguna manera, teniendo en cuenta todas las limitaciones enumeradas. Blaug, que reconoce esos problemas para todo investigador y específicamente para el economista, y se opone al “vale todo”, recomienda: “El progreso científico se produce únicamente cuando conseguimos maximizar el papel que juegan los hechos y minimizar el que juegan los valores. En último término, tan sólo podemos confiar en el mecanismo de la contrastación de hipótesis para erradicar los prejuicios

políticos y sociales...” [Blaug, op.cit., pág.179].¹⁸

En relación con las acciones humanas, hay un consenso bastante generalizado entre las teorías del conocimiento en boga, de que incluyen una cuota significativa de imponderabilidad; porque se trata de seres dotados de conciencia, porque encierran capacidad creadora, porque son de naturaleza trascendente, etc. Por lo tanto, si bien pueden estar sometidos a ciertas restricciones, siempre hay un punto de indeterminación en su accionar. Que a la derecha política le ha servido para fundamentar la sacrosanta “libertad individual”, a la izquierda el papel transformador del “partido”...y a los economistas para proponer infinidad de sinsentidos.

17. H&N, por ejemplo, nos recomiendan “la conveniencia de que la determinación de la política fiscal se haga en el marco de una negociación colectiva y con limitaciones más o menos estrictas en la ejecución” presupuestaria y “el establecimiento de un sistema tributario más o menos efectivo”. Es decir: si hay DFC, que se limite la ejecución presupuestaria (es decir, ¡que no lo haya!); si hay juego no cooperativo (el responsable de aquél DFC), ¡que se haga una negociación colectiva!; y si hay instituciones inadecuadas (que favorecen ese juego maligno), ¡que se adecuen!

18. Ya Marx describía en qué marco se da este tipo de respuestas: “la última forma es la forma académica (la anterior era la apologética, LLD), que actúa «en términos históricos» y con sabia moderación recoge «lo mejor» de todas las fuentes, y cuando hace eso no le interesan las contradicciones; por lo contrario, lo que le interesa es la amplitud. De tal manera, todos los sistemas se vuelven insípidos, se embotan y se reúnen pacíficamente en una miscelánea. En ese caso, el calor de la apologética queda moderado por la erudición que contempla con benignidad las otras relaciones de los pensadores económicos, y les permite flotar como cuerpos extraños en su papilla mediocre. Como tales obras sólo aparecen cuando la economía política ha llegado al fin de su horizonte como ciencia, son al mismo tiempo el cementerio de esta ciencia” [Marx, 1975, págs.413/14].

Un camino alternativo

Esta manera de encarar las cosas puede dejar un sabor amargo, y con razón. Las construcciones teóricas son gigantescas hipótesis que se arrastran tras los simples hechos, y las acciones que se emprenden bajo el auspicio de esas representaciones son un camino elegido en la oscuridad. Las respuestas a esta situación suelen justificar la necesidad de una mayor carga ideológica¹⁹ o la búsqueda de complementar la razón con otras instancias como la intuición, la imaginación, etcétera.

Contradictoriamente, la capacidad de la ciencia en general para brindar cursos de acción sobre la realidad no ha cesado de ampliarse. Pero ¿sobre qué se apoya para hacerlo? ¿cuál es su mayor virtud que, al mismo tiempo, es su límite al conocimiento?

Tal como se presenta ese proceso que hemos descripto, surge que cuanto mayor regularidad presenten los fenómenos implicados en la realidad que se quiere aprehender, más defendida se encuentra la teoría que se ha elaborado al respecto y abre las posibilidades de una acción específica. Así por ejemplo, acerca de la presencia del sol en nuestro planeta tierra, basta con los Principia de Newton para tener una altísima probabilidad de acertar las horas de luz de cada día del año, y usar esa información como un insumo para prever la demanda energética. Puede no saberse qué es la "gravedad", aún criticarse que se atribuya una "atracción" a los cuerpos, pero el conocimiento de la regularidad mencionada habilita para deter-

19. Dado que la ciencia no puede ser considerada "neutral" y que el investigador se sitúa en un contexto social determinado, cabe fortalecer una posición ideológica, partir de una concepción del mundo desde la cual entenderlo. Es decir, ya que no se puede saber... ¡sí se puede creer!

20. La mecánica cuántica fue una búsqueda de nuevas correlaciones que ya no se daban en determinado ámbito. El keynesianismo ídem.

minadas acciones, incluso volar apoyándose en esa misma "gravedad". El médico, cada vez que se encuentra frente a un cuadro de síntomas típico de una enfermedad conocida, sabe —y aquí ni teoría se necesita— qué remedio recetar al paciente estándar. El puede no conocer en qué consiste el proceso de vida de un organismo, pero por sus manifestaciones regulares en los síntomas tiene una importante chance de curar a su enfermo si dispone del remedio correspondiente. Para el economista de un banco central, que quiere bajar la tasa de interés del mercado, dadas ciertas condiciones generales, sabe que para lograrlo puede, por ejemplo, salir a ofrecer dinero a una tasa menor. Sin saber siquiera qué es el dinero, le bastan ciertas teorías monetarias para emplear esa política y alcanzar lo que buscaba. Es decir, pueden transformar la realidad en la medida que, conociendo por la experiencia cómo será la magnitud de un resultado, actúen sobre la medida de los fenómenos en curso. Pero todos dependen de que la periodicidad de los fenómenos implicados se mantenga.²⁰

Es evidente, en ese sentido, si de repeticiones en el comportamiento de los fenómenos se trata —es decir, su presentación sistemática en cantidades determinadas en el tiempo y en el espacio— que la matemática aparezca como un instrumento adecuado y potente para captar ese aspecto. No en vano su desarrollo y el respeto que genera cualquier afirmación acompañada por el formuleo correspondiente.

Pero ¿qué pasa cuando no hay regularidades que constatar, ya sea porque no se las encuentre, sea porque identificados los fenómenos no se los puede cuantificar o porque no se dispone de los medios para repetir -controladamente- el suceso? ¿Qué lugar le queda a aquellas ciencias cuyo "objeto" de estudio es escaso en esas repeticiones sistemáticas? Como hemos

visto, el conocimiento científico actualmente difundido sólo ofrece la posibilidad de arriesgar teorías, hipótesis, y ver si hay alguna forma de contrastarlas con los hechos. Sus conclusiones son magras y precarias.

En realidad, haya o no regularidades, cuando hay que dar cuenta de los fenómenos, incluso de su simple manifestación cuantitativa, el conocimiento que hoy se maneja es inofensivo. Las matemáticas, bastión de la rigurosidad en el momento de precisar una determinada relación cuantitativa de algo, hace mutis por el foro²¹ porque su ámbito es el de la diferencia indiferente —en más o en menos— pero de algo determinado.²²

El papel de cienicienta de las ciencias que le toca jugar a las que tienen que hablar de la vida social radica en que, inmediatamente, se enfrentan al fenómeno como tal. Que el DFC tenga una determinada magnitud no encierra inconvenientes serios para saber su medida. Pero con ello, el economista ni siquiera ha empujado a responder el por qué del desequilibrio de las cuentas públicas, ni tampoco de la razón de su tamaño. ¿Y cómo entender esa realidad que enfrentamos, que siendo ella misma, y sin dejar de serlo, deviene otra distinta; es decir, que tiene en sí misma su determinación? Para la forma actual del conocimiento científico esa realidad como tal es inaprehensible.²³ El principio de identidad implica que su determinación le viene impuesta exteriormente; por lo tanto, de los hechos sólo puede registrar la magnitud y periodicidad con que se presentan. El DFC, en una cantidad dada, es nada más que eso. No tiene más contenido que su propia forma. ¿Qué puede decir, entonces, sino que es un DFC, que ora sube, ora baja? No puede ser un DFC y otra cosa al mismo tiempo. Aunque nadie podrá negar que, al menos, también es un proceso social. Sin embargo, las teorías vigentes del conocimiento,

en todo caso, lo que pueden proponer es buscar correlaciones entre el proceso social y el DFC, como si fueran dos fenómenos externos uno al otro. O plantearse que el DFC es una parte del proceso social, con lo que no se avanzará un ápice ya que le faltaría decir qué vínculo tienen la parte y el todo, problema que tampoco han podido resolver.

Esta regla de juego que estamos desenredando es, además, una manera de salvar otra contradicción irresoluble para su enfoque. Piaget, sin darle una respuesta pero enfrentado a la cuestión, lo planteaba así: "nuestro problema central es comprender las innovaciones como necesarias. No deben ser comprendidas como preformadas ya que en ese caso no serían innovaciones. Pero tampoco pueden ser consideradas como contingentes pues no serían necesarias y no se las podría «comprender»" [Piaget, 1977, pág.12]. La forma actual del conocimiento científico choca constantemente con el asunto: por un lado proclama la ausencia de toda necesidad en las cosas y por otro busca comprenderlas. No sabe por qué hay un DFC en la Argentina y sólo le queda conjeturar sobre su comportamiento, buscando otros fenómenos a los que aparezca asociado, elaborando "hipótesis" de

21. ¿Qué perdidos deben encontrarse los que se dedican a medir los fenómenos cuando no tienen ni idea de qué se trata aquello que quieren cuantificar! Por un lado hay trabajos que se llenan de cifras vacías y, por otro, increíbles ausencias de datos. En el caso del DFC, obviamente una expresión de la apropiación de la riqueza social, no ha encontrado aún, al menos eso, quien la mida.

22. "La matemática sólo considera la magnitud, la diferencia no esencial" [Hegel, 1966, pág.31].

23. "Cuando en un objeto... o concepto cualquiera, es mostrada la contradicción (y no hay en lo que no se pueda y se deba mostrar la contradicción; es decir, las determinaciones opuestas -el abstraer del intelecto es el aferrarse violentamente a una de las determinaciones, un esfuerzo por oscurecer y alejar a la conciencia la determinación opuesta que allí se encuentra)... [Hegel, 1977, pág.58].

sus relaciones y armando una "teoría" de lo que se quiere conocer, válida provisoriamente hasta que el comportamiento de los fenómenos no respondan a la conjetura. En economía, con esta forma del conocimiento científico los resulta dos están a la vista: *blooper* tras *blooper*

Cuando Prebisch en su trabajo sostenía que "las teorías convencionales no representan la realidad" y que "la transformación exige una teoría", lo que hacía era mantenerse dentro de las ideas predominantes en ese sentido. Lo que debía ser transformado no encerraba ninguna necesidad (ni aún la de transformarse) y las acciones para ello tampoco. Entre su "diagnóstico" y su "política" sólo mediaban las buenas intenciones. Si las construcciones "teóricas" encierran, desde el vamos, que no se puede conocer, apenas conjeturar sobre la realidad, las propuestas emergentes giran en el vacío y la acción es ciega. Este camino, tan trillado hoy, excluye la acción con conocimiento de causa.²⁴

En la última década no ha habido debates "teóricos" de interés sobre países capitalistas como el nuestro y las discusiones sobre el curso de los acontecimientos en la URSS y los países del este europeo son simple retórica. A su vez, la polémica sobre políticas públicas langui-

dece arrollada por la contundencia de los procesos de ajuste. El llamado pensamiento "crítico" se reduce a un balbuceo incoherente. Forma parte de los vaivenes de la vida social que unos estén hoy en el candelero y mañana otros. Pero una característica particular del actual desbande de los que les ha tocado sentarse en el banco de suplentes, es que no pueden articular una explicación mínimamente aceptable de lo que sucede; de ahí la confusión acerca de qué hacer. En otras épocas en que les tocó perder importancia, al menos mantenían sus concepciones sobre el mundo, y lo que había que hacer era seguir empujando, que ya vendrían tiempos mejores. Ahora, que se ha perdido el cauce, las respuestas oscilan entre dedicarse a analizar aspectos bien parciales de la realidad²⁵ —preocupándose por tener alguna incidencia en ella—, clamar por nuevas "teorías",²⁶ o hacer denuncias de que estamos mal y vamos peor y quejarse por lo que sucede. Eso sí, tratando de mantener bien alta la fe y la esperanza de que no todo está perdido.

Está planteado no sólo conocer la realidad que tenemos adelante sino el mismo curso de nuestra acción. A la economía y la epistemología que nos han enseñado les queda, mientras tanto, distraemos como "bloopers" del pensamiento científico.

Bibliografía

- Blaug, Mark. 1985. *La metodología de la economía*. Alianza editorial, Madrid.
- Borrello, Ricardo. 1988. "La discusión epistemológica actual". *Realidad Económica* n° 80. Buenos Aires. 1er. bimestre, págs. 65-80.
- CEBREMAP, 1980. *Redéploiement industriel et espace économique: une étude intersectorielle comparative*. J. Lafont, D. Leborgne, A. Lipietz. Mimeoografiado, París.
- Figuera Alberto J. y Benavidez Esteban A. 1988. "La causalidad en economía: la influencia de Hume". *Revista de Economía* n° 53. Banco Provincia de Córdoba. Córdoba. Septiembre-diciembre. págs. 109-129.
- Foucault, Michael. 1983. *El diálogo sobre el poder*. Folios Ediciones. Barcelona.
- Hegel, G.W.F. 1966. *La fenomenología del espíritu*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Hegel, G.W.F. 1977. *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. Editorial Porrúa, México D.F.
- Heymann, Daniel, y Navajas, Fernando. 1988. "Conflicto distributivo y déficit fiscal. Notas sobre la experiencia argentina, 1970-1987". *Desarrollo Económico*, v.29, n° 115. Buenos Aires. Octubre-diciembre, págs. 309-328.
- Heymann, Daniel, y Navajas, Fernando. 1989. "Conflicto distributivo y déficit fiscal: respuesta a un comentario". *Desarrollo Económico*, v.30, n° 119. Buenos Aires. Octubre-diciembre, págs. 433-435.
- Hicks, John. 1981. *Causalidad en economía*. Editorial Tesis, Buenos Aires.
- Íñigo Carrera, Juan B. 1991. *El desarrollo del capital en acción revolucionaria conciente: crítica de la teoría científica. Capítulo 1: El conocimiento dialéctico; o sea, la regulación de la acción bajo la forma de reproducción de la propia necesidad por el pensamiento*. Mimeoografiado, Buenos Aires.
- Leijonhufvud, Axel. 1976. "Schools, 'revolutions', and research programmes in economic theory". En *Method and appraisal in economics*. Edit. Spiro J. Latsis, págs. 65-108. Cambridge, Londres.
- Mandel, Ernest. 1979. *El capitalismo tardío*. Siglo XXI editores, México D.F.
- Mandel, Ernest. 1984. *La producción de mercancías y la burocracia en Marx y Engels; fundamentos teóricos de la explicación marxista de la Unión Soviética*. Críticas de la Economía Política, edición latinoamericana, n° 29: El socialismo entre la dictadura y la democracia. Ediciones El Caballito, México D.F.
- Marx, Carlos. 1975. *Teorías sobre la plusvalía*. Tomo III. Editorial Cartago, S.R.L., Buenos Aires.
- Mishan, E.J. 1967. *Theories of consumers' behaviour: a cynical view*. *Economica*, 1961, reimpresso en *Readings in Microeconomics*. D.R.Kamrschen (ed.). Cleveland: World, 82-94. Extraído de Blaug, 1985, pág. 194.
- Piaget, Jean. 1977. "El problema de la explicación". En *La explicación en las ciencias*. Ediciones Martínez Roca, S.A., Buenos Aires. págs. 11-21.
- Prebisch, Raúl. 1981. *Capitalismo periférico: crisis y transformación*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Robinson, Joan. 1962. *Economic Philosophy*. London: C.A.Watts. Extraído de Blaug, 1985, pág. 142.

24. Ver Íñigo Carrera, 1991.

25. La gestión municipal, la pequeña y mediana empresa, la segmentación del mercado de trabajo y la desocupación, los grupos económicos, el medioambiente, etcétera.

26. Piden por una "teoría" del estado, de la acción, del espacio, de los "sujetos sociales", y así sucesivamente.